

Capítulo III

*Donde se cuenta la primera y muy emocionante aventura
del valeroso detective Frank Stain*

FRANK CONDUJO HASTA LAS AFUERAS de la ciudad, en dirección al Aljarafe. No tenía una idea muy clara de dónde quedaba el sitio que iba buscando. Tuvo que dar muchas vueltas y preguntar a más de un atónito transeúnte hasta dar con el lugar. Era un gran local blanco de dos plantas con un letrero luminoso en la azotea: «Locura Tropical Ardiente / Club deluxe».

El amplio aparcamiento al costado del club contaba media docena de coches. Aparcó y se encaminó a la entrada del local, en la que un tipo malencarado vestido redundantemente de negro (corbata negra sobre camisa, traje, zapatos y calcetines negros) le observó con desconfianza y le franqueó el paso sin despegar los ojos de la gabardina y el borsalino.

El local estaba en penumbra. Una larga barra ocupaba toda la pared del fondo. El centro era una pista de baile rodeada de conjuntos de mesas con sofás y sillones de mimbre tipo *Emmanuelle* (como en algunas novelas de Carvalho, pensó Frank, excitado). El club estaba vacío, con la excepción de un grupo muy animado formado por cuatro tipos encorbatados y barrigones, sentados en una esquina con varias chicas jóvenes sucintamente ataviadas.

Frank vio que los integrantes del grupo le miraban fijamente cuchicheando entre risas y pudo oír una frase pronunciada deliberadamente en voz muy alta:

—¡Qué arte, *quillo*! ¡El teniente Colombo!

Dejó las carcajadas a su espalda y se acercó a la barra. Pidió güisqui con hielo al camarero, que no pestañeó ante la gabardina y el borsalino.

—No les haga caso. Son de la Junta. Y el *grasioso* es director general...

El camarero le lanzó una mirada cómplice. Frank asintió en silencio y se sentó a una de las mesas. Probó el güisqui y a punto estuvo de escupirlo. De buena gana lo habría cambiado por una Cruzcampo fresquita, pero no recordaba a ninguno de los grandes detectives yéndose de cañas.

Sam Spade trasegaba güisqui como si no hubiera un mañana, Philip Marlowe guardaba una «botella de la oficina» en el último cajón de su mesa de despacho y Carvalho

solo bebía grandes caldos y destilados. Ciertamente es que el comisario Maigret era bebedor impenitente de cerveza, pero a fin de cuentas se trataba de un funcionario, no de un detective privado, que, como diría el gran Alejandro Sanz, no es lo mismo.

—Hola, *meu amogg...*

Frank levantó la vista y vio una veinteañera despampanante que le miraba con una sonrisa deslumbradora. Era morena, de mediana estatura, ojos claros y piel canela. Un pantalón corto y un top dorado ponían en evidencia un cuerpo perfecto. Se le atragantó el güisqui y sintió gruesos goterones de sudor correrle mejillas abajo.

—¿Cómo es el *teu* nombre, *bonitão*?

—Stain... Frank Stain.

—*¡Ay, que engraçado! ¡Como o monstro Frankenstein! ¿E você também é um monstro na cama, meu amogg?*

Frank tragó seco y buscó el olivo:

—¿Eres brasileña?

—*Sim, meu Frankensteinzinho. Me chamo* Miranda...
Carmen Miranda.

La chica contuvo la carcajada que pugnaba por escapar de la comisura de sus labios y se acercó peligrosamente a Frank.

—¿No estás muy caliente con ese abrigo y el sombrero, *meu monstrinho*?

—No, estoy bien.

—¿Y qué *fazes* aquí, *meu bem*?

—Vengo a ayudaros, a ti y a tus compañeras.

La amplia sonrisa brilló de nuevo con aire zumbón.

—¿*Queres me ajudar?* ¿*Que bom!*

La chica se volvió hacia la barra:

—¡Genaro! ¡*Uma garrafa* de champán francés! ¡Del bueno! ¡Del que toman los señores de la *Yunta*!

La expresión de Frank quedó congelada en una mueca a medio camino entre la sorpresa y el pánico. Carmen Miranda no reprimió esta vez una carcajada sonora y jubilosa.

—*Sim, meu amoggg*. Si *queres ajudar*, es la *melhor* forma. Como *estes* señores de la *Yunta*, tan generosos. *Venen* aquí todos los viernes para su *happy hour*, consumen a tope y el jefe convida siempre a su chófer. ¡Ellos los *chaman* «los viernes sociales»! ¿*Não é uma idéia genial?*

—Yo no hablo de esa ayuda. Me refiero a liberaros de las redes de prostitución que os han traído a España engañadas y que os mantienen esclavizadas y sometidas con encantamientos de vudú.

La sonrisa de Carmen Miranda se apagó; un relámpago de alarma cruzó sus ojos. Cuando retomó la conversación, se dirigió a Frank con el tono paciente de quien intenta explicar algo a un niño:

—*Meu amoggg*. Tú ves demasiada *televisão*. En Brasil no hay vudú. Hay candomblé y macumba. *E minhas amigas e*

yo *não acreditamos* en esas *coisas*, porque somos evangélicas e o *nosso Senhor Jesus Cristo* nos protege. *E não* estamos en ninguna *rede de prostituição*.

Carmen Miranda hizo una rotunda mueca de asco al pronunciar la última palabra y prosiguió con lentitud pedagógica:

—Nosotras somos *garotas de programa...*

Frank no reaccionó.

—... *free-lancers, meu bem*, empresarias autónomas...
¡*E com formação académica!* ¡Yo *sou* masajista tántrica titulada!

La mirada de Frank seguía sin dar señales de vida inteligente. Carmen hizo un nuevo intento:

—No putas, *meu amoggg. Mulheres* de negocios. *Minha* prima —Carmen Miranda señaló con la cabeza a una explosiva rubia de pelo largo en la mesa de los junteros— *tem* estado aquí *tres vezes e comprou um carro e um apartamento em Guaratuba*. Yo *estou* aquí *pela primeira vez e vou montar uma* peluquería.

Frank no solo no quedó convencido, sino que se exaltó todavía más.

—¡Tenéis que escapar de las garras de esta peligrosa mafia! ¡Venid conmigo y presentaremos una denuncia ante la policía contra esta red de trata de seres humanos con fines de prostitución! ¡Confíad en mí! ¡Contaremos con el respaldo

del Gobierno de la nación! ¡La vicepresidenta primera ha dicho que la prostitución es la sinergia, sí, la sinergia, del patriarcado con el capitalismo liberal!

Frank se puso en pie al acabar la arenga.

La expresión de Carmen Miranda pasó de la alarma al espanto.

Miró con angustia a su prima, que salió de la mesa de los ejecutivos junteros y se acercó a la pareja.

—Hola. ¿Hay algún problema?

Carmen Miranda dejó a un lado el portuñol y se dirigió a su prima en un vernáculo torrencial:

—*¡Este cara é louco de pedra e vai estragar tudo! ¡Ele quer que a gente denuncie na polícia! ¡E nos chamou de prostitutas e de «sinergias»!*

La prima se encaró iracunda con Frank.

—Oye, payaso con sombrero. ¡Prostituta y «sinergia» lo será tu putísima madre!

Aun en portugués, la referencia a las fuerzas del orden había sido suficiente para sembrar el pánico en la mesa de los ejecutivos.

—¡Hostia, Fali! ¡Que el Colombo ese es un madero de verdad!

—¡Me cago en los muertos! ¡Hay que *najarse*! ¡Que nos emapelan como a los de Empleo!

—¡No paguéis con la tarjeta *black*!

—¡Coño! ¿Y cómo pagamos? ¡Si la parienta ve este cargo en mi tarjeta, me capa!

Los junteros se levantaron al unísono y salieron de estampida entre los gritos de las chicas y las voces del camarero reclamando el pago de la cuenta.

Frank se vio solo. Los ejecutivos se habían esfumado y las chicas habían desaparecido sin dejar rastro, incluyendo a Carmen Miranda y a su prima. Oyó a su espalda la voz del camarero:

—Es ese de ahí que parece el teniente Kojak con barbita.

Cuando se volvió, vio a una especie de primate gigantesco vestido con el uniforme negro zaíno de la casa y las manos llenas de anillos, un híbrido de cantaor posmoderno y guardaespaldas de la mafia bielorrusa. Tenía aún peor catadura que su colega de la puerta y —calculó Frank a ojo— el doble de kilos en canal.

Como el gran Philip Marlowe hubiese dicho, el tipo tenía el aspecto de alguien vestido enteramente de negro y con las manos ensortijadas.

El gorila de los anillos se dirigió hacia él con cara de pocos amigos y Frank tuvo el impulso de poner pies en polvorosa, pero se refrenó a tiempo. No recordaba a ninguno de sus héroes tomando las de Villadiego, ni siquiera en situaciones tan comprometidas como esa.

Rememoró a Philip Marlowe reconociéndole al valeroso Red en *Adiós, muñeca* que estaba muerto de miedo cuando iba a abordar de extranjería el barco de juego ilegal Montecito, tras lo cual añadía con entereza admirable: «Lo superaré. De una forma u otra».

Para infundirse ánimos recordó otro pasaje del mismo libro en el que Marlowe conseguía salir ileso —sin perder la compostura— de su encuentro accidental con el gigante Moose Malloy, aunque también se acordó del episodio en el que el Indio (el guardaespaldas del vidente Amthor) propinaba una paliza épica a Marlowe.

Por no hablar de Ned Beaumont en *La llave de cristal*, cuando aguantaba sin pestañear tundas y torturas increíbles de los esbirros de Shad O'Rory, o de la somanta de palos y suplicios varios que Toni Romano padecía a manos de los matones de Elósegi en *Un beso de amigo*.

Pensándolo bien —se dijo a sí mismo—, raro era el libro en que sus héroes no recibían una zurra descomunal o sufrían sevicias indescribibles, pese a lo cual eran siempre capaces de soltar una gracia que enfurecía aún más a sus verdugos.

Frank tuvo que sentarse, porque las piernas empezaron a temblarle de forma espasmódica.

—¿Tú eres el mamarracho que está asustando a las *garotas*? No paran de llorar y dicen que se quieren volver a Brasil. Te voy a dar yo a ti cuentos de miedo, Cara Pito.

Cara Pito vio los anillos brillantes acercarse a velocidad interestelar y sintió que la Vía Láctea impactaba entera contra su cara. Después se hundió en un gran agujero negro en el que todo era silencio.